AÑO XXVI — Nº 1278.

EL DIA

Montevideo, 14 de julio de 1957.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



CENTENARIO DE DON MANUEL B. OTERO.
Se cumple en la fecha el centenario de la del nacimiento de este ilustre hombre público, eminente personalidad entre las de más fuste de su brillante generación, Vicepresidente de la República, ministro, legislador, diplomático, jurista, intelectual de alto vuelo, y en todo destacado, profundo e inspirado en ideales y principios democráticos.



Mapa de la región de la isla Martín García. El lector puede sacar sus propias conclusiones.

UNA DEPOSICION IMPARCIAL SOBRE EL LITIGIO DE MARTIN GARCIA

ECHAREMOS un vistazo al libro "As fronteiras do Sul. A jurisdiccao das aguas do Prata e a ilha Martín García", del historiador brasileño Fernando Nobre, sin la pretensión de sustituir a nuestros estudiosos y críticos en esa materia ajena a nuestro dominio. Lo hacemos exclusivamente para llamar la atención sobre una obra que, aparecida en 1922, no ha logrado romper la indiferencia uruguaya, a pesar de constituir un valiosísimo aporte al esclarecimiento de problemas de nuestra política internacional que precisamente en estos días han resurgido a la discusión pública, con motivo del proyecto de electrificación del río Uruguay.

No se trata, desde luego, de replantear reivindicaciones territoriales que pudieran ensombrecer la amistosa y cordial convivencia con nuestros vecinos, pero no tenemos por qué negarnos a acreditar argumentos que refuerzan los tradicionales derechos de la República en lo que atañe a la delimitación de sus fronteras, máxime cuando ellos provienen del extranjero y están respaldados en una autoridad indiscutible dentro y fuera del Brasil, como es el Dr. Fernando Nobre.

El libro de este eminente historiador paulistano es en realidad un examen sereno y copiosamente documentado de la historia política del Río de la Plata desde el descubrimiento de este "mar dulce" por Juan Díaz de Solís. Su rasgo valorativo más avaluable es la imparcialidad que caracteriza sus juicios, pues no hesita en reprobar aquellos actos improcedentes o injustos en que hayan incurrido los gobiernos de su propia patria. La primera parte del grueso volumen —a la que el autor llama "narrativa"— estudia los agitados acontecimientos políticos y militares que a lo largo de más de dos siglos mantuvieron en continuo vaivén las fronteras del Sur del Brasil, disputadas primero entre Portugal y España, y con posterioridad a la emancipación americana, por los países de la cuenca del Plata, convertida, por esa causa, en escenario de cruentas luchas. No entraremos al análisis de ese aspecto de la interesantísima narración sino para señalar que Nobre, al llegar a la aparición de Artigas en aquel ámbito estremecido por las guerras, se enciende en admiración hacia el Precursor de nuestra nacionalidad y no deja de llamarlo "o grande caudilho", viéndolo como el único y genuino abanderado de los principios democráticos, luminosamente traducidos en sus "Instrucciones del Año XIII" y por los cuales luchó sin vacilaciones ni pausas, seguro del destino futuro de estas repúblicas, en la misma época que los hombres de Buenos Aires realizaban insistentes gestiones ante la corte de Río de Janeiro, enviando especialmente al diplomático Manuel José García, para ofrecer a don Juan VI el trono porteño, sin que se desanimaran ante el desestimiento de éste, pues Sarratea primero y luego Rivadavia y Belgrano, en trabajosas misiones, anduvieron por Europa en busca de un príncipe que quisiera ceñir la corona de la monarquía a crearse.

Nobre interpreta así fielmente el papel trascendental de Artigas en la historia de América, pero no es esta la parte del libro que más interesa por el momento, sino aquella en que se refiere a la isla descubierta por Solís en 1516 y que dejó a cargo del despensero de la expedición, quien por llamarse Martín García le dio su propio nombre. "Es así —dice el autor, con indudable gracejo— que el humildísimo nombre de Martín García pasó de la despensa a la inmortalidad".

No cabe en los límites de esta nota, ni en apretada síntesis, un comentario detallado de las 200 páginas que el historiador brasileño dedica a estudiar el caso Martín García, citando a los más autorizados nombres de los que se han ocupado del asunto. Demuestra, eso sí, que desde que los españoles se apoderaron de la isla en 1813, para asegurar el avituallamiento de la sitiada plaza de Montevideo, nunca se puso en duda que ella pertenecía a la Banda Oriental, pues a su jurisdicción perteneció durante la dominación portuguesa políticamente definida como Provincia Cisplatina, sin que en las sucesivas ocupaciones que de ella hicieron los argentinos, invariablemente motivadas por contingencias bélicas, ni siquiera en la de 1852 que sería, hasta hoy, la última, se incluyera el reconocimiento de la soberanía del ocupante.

¿Cómo se llegó a la situación actual? Después de muchas tomas y retomas, en 1852 la isla estaba guarnecida por fuerzas uruguayas, y constituía centro de operaciones de las fuerzas aliadas que combatían contra Rosas.

Caído el tirano, a los 22 días de Caseros se produce lo asombroso. El gobierno de Buenos Aires pasa una nota al de Montevideo solicitándole que disponga las órdenes necesarias "a fin de que no se oponga ninguna dificultad por la guarnición oriental a las fuerzas argentinas destinadas a tomar, in continenti, posesión de la isla Martín García". Como se ve, casi violentamente era hecha esta exigencia sólo tres semanas después de la victoria de Caseros alcanzada en virtud del esfuerzo común. Berro, Presidente de la República provisorio y que debía dejar el mandato el 1º de marzo, "respondió a la exigencia argentina —subraya el autor— con una precipitación como de encargo, pues en vez de relegar la responsabilidad a su sustituto (Giró), no titubeó en expedir, en la víspera de transmitir su gobierno (28 de febrero de 1852), un decreto por el cual mandaba hacer entrega de Martín García a las fuerzas de la Confederación...", aunque "salvando todos y cualesquiera derechos que la República pueda hacer valer sobre ella". El 17 de marzo los argentinos se apoderaron de la isla. "Ese acto causó en el Uruguay una sensación que bien elocuentemente se traduce en el siguiente hecho: un modesto militar, Timoteo Domínguez, que con media docena de hombres guardaba la isla, debiendo obedecer las órdenes recibidas, la entregó, sin embargo, presa de verdadera indignación, según la página de Orestes Araújo que reproduce: "Exaltose la figura patriótica de Domínguez, su orgullo de ciudadano se sintió profundamente herido y en un arranque de dignidad, se apoderó de un hacha y esgrimiéndola con toda la energía de su alma dolorida y de sus nervudos brazos, sin bajar la bandera patria que continuaba flameando, tronchó el asta casi al nivel del suelo, mientras pronunciaba esta frase que la tradición ha conservado para su honra y gloria: "La bandera oriental no se entrega ni se arría!". Y cargando él y sus compañeros con el grueso, largo y pesado leño que conservaba su bandera al tope, se retiraron a Colonia, en el edificio de cuya Jefatura Política hizo colocar aquel enorme palo, que, provisto de ancha cofa, recordó durante muchos años el honroso comportamiento de Timoteo Domínguez".

Una vez en posesión de la isla, y al agradecer su entrega, la Cancillería argentina rechazó la protesta uruguaya, diciendo que "el Gobierno de la Provincia no puede admitir, de manera alguna, esa reserva de derechos, por cuanto su admisión importaría el reconocimiento tácito de derechos que el Gobierno ignora asistan, ni hayan asistido jamás, a la República Oriental, sobre la isla Martín García, parte integrante de la Confederación Argentina".

"Y así comenzaron ambos gobiernos platinos —agrega el gran cronista paulistano— a machacar el asunto, que se complicó por falta de un criterio superior."

Con criterio superior y serena imparcialidad examina el litigio este ilustre brasileño, en busca de una solución equitativa y justa. Demuestra a lo largo de su libro que desde los puntos de vista histórico, político, jurídico, diplomático, geográfico y hasta geológico los derechos del Uruguay sobre Martín García son incuestionables, pero espera que la reivindicación sea alcanzada dentro de la atmósfera de paz inalterable que desde hace más de un siglo es norma invariable de la convivencia rioplatense.

Nos hemos extendido más de lo que nos proponíamos, pues es a los historiadores y tratadistas del derecho internacional que corresponde hacer la exégesis de este gran libro de Fernando Nobre y difundirlo en nuestro país, ilustrando al Estado sobre la conveniencia —que es casi un deber— de su traducción al castellano.

Ramón I. ALVAREZ

(Especial para EL DIA)

ENCOMIO DE DON MANUEL BUENAVENTURA OTERO

EN 1890 se produjo en nuestra Cámara de Representantes un memorable debate en torno a la permanencia del latín en los programas liceales. En el grandioso conjunto de aquella oratoria se destaca un sobrio discurso del que entresacamos estos párrafos:

"Yo no tengo pretensión de ser literato, no he hecho estudios de literatura; como es público y notorio nunca me he dedicado a ella; sin embargo esto constituye a veces un encanto especial, forma parte de la vida, es una necesidad intelectual, sea que se hable del latín, sea que se hable de cualquier otra literatura, necesidad intelectual a la cual debe responder la civilización actual.

Se ha dicho que una escuela contemporánea positivista a la cual pertenezco tiende sólo a las necesidades que llamaría reales. Se cree que los positivistas no tratan de que se enseñe sino aquello que es útil para la vida diaria, para el mercado. Es un error, señor presidente. Lo que me maravilla en estos hombres del siglo pasado y lo que debe señalarse insistentemente a nuestros jóvenes como calificado ejemplo, es su personal inquietud por las más graves disciplinas del saber humanístico y la necesidad que experimentaban de alternar sus tareas profesionales o políticas con el culto de las letras".

Transcribir estas hermosas palabras, repetirlas "insistentemente a nuestros hombres jóvenes" nos ha parecido el más adecuado homenaje al ilustre prócer Dr. D. Manuel B. Otero en el centenario de su nacimiento.

Las proporciones verdaderamente desusadas de su grandeza empequeñecen todos los recursos del estilo. Por eso la escueta reseña de sus servicios a la República será el panegírico que estimulará a los jóvenes a emular su "calificado ejemplo".

Nacido en Montevideo el 14 de julio de 1857, fueron sus padres el ministro del Superior Tribunal de Justicia D. Luis Eduardo Otero y doña Romualda Bertrán. Estudiante en Río de Janeiro conquistó para el Uruguay un simpático lauro Al asistir el emperador D. Pedro II a las pruebas finales de botánica con el manifiesto propósito de obsequiar un volumen al alumno más aventajado, se encontró con la sorpresa de que el indiscutido triunfador era un oriental.

Doctorado en leyes a los veinte años en nuestra Universidad, funda el diario "La Razón" en compañía de Daniel Muñoz, Prudencio Vásquez y Vega y Anacleto Dufort y Alvarez. No se arredra ante las prepotencias de Latorre y, clausurada por éste la Universidad, dicta en el Ateneo clases de geografía, hace venir de París el primer laboratorio de antropología y emprende estudios comparados de lingüística aplicada a la antropología. En 1887 es electo diputado. Al terminar su mandato no quedan de su fortuna más que deudas y está desbaratado su estudio de abogado. ¡Tan a su costa servían al país aquellos hombres! La arqueología, el arte y la diplomacia lo atraen. Sobreviene su incorporación como vocal al Consejo General de Ingenieros y el distinguido legista se aboca con tal penetración a los problemas de la ingeniería que durante largos años rebasará su autoridad la de los técnicos. En 1905 vuelve definitivamente a la actividad política como representante por Montevideo.

Enumeremos sus cargos públicos. Diputado en tres legislaturas, senador en tres períodos, Pte. del Senado y Vicepresidente de la República, ministro de R.R. E.E., ministro Plenipotenciario en Chile y en Bolivia, miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, Pte. de la Conferencia de Policía Sanitaria Animal reunida en Montevideo, presidente de las Secciones de Ciencias Pedagógicas y Antropológicas en el Tercer Congreso Científico Latinoamericano de Río, miembro del Consejo de Instrucción Pública, miembro del Consejo Universitario, de la Comisión de Estudios del Puerto de Montevideo, de las Comisiones de Meteorología y Geología, de la Comisión encargada de estudiar la pesca, de la Comisión de Aguas Corrientes, de la Comisión encargada de estudiar el registro de la propiedad territorial y encargado de los estudios legales de las propiedades próximas al puerto.

El latinista, el antropólogo, el arqueólogo, el letrado, el internacionalista realizó nada menos que veinte fundamentales estudios técnicos cuya somerísima enunciación desconcierta: saneamiento de Montevideo, aguas corrientes, aguas subterráneas, arenales de Carrasco, fondos de roca de la bahía, dársena industrial del Miguelete, brisa y rotación de los vientos, porvenir de la pesca en el Río de la Plata y costas patagónicas, dique de carena, rambla Sur, canal Zabala, ciudad obrera, etc., etc. Y por otra parte marcaron rumbos definitivos en trascendentales cuestiones sus discursos senaturiales sobre el puerto de Montevideo, el arbitraje amplio, la intervención del Estado en la homologación de tarifas ferroviarias y la defensa del decreto de Brum sobre incompatibilidades.

En el orden internacional lleva su nombre el protocolo Lauro Müller-Otero y ostentan la impronta de su genio los papeles que se guardan en el Departamento de Estado de Wáshington que provocan la admiración de los más modernos investigadores.

Este hombre a quien don José Batlle y Ordoñez consideraba "una verdadera enciclopedia y el de más saber en el país", mantuvo intacto el candor de su alma enamorada de la belleza y pasó largas horas:

"olvidado del mundo y sus deseos
en la quietud de la serena noche
perdido en la ilusión y haciendo versos"

Ya anciano publicaba un libro de poemas que califica, con emotiva modestia, "Pequeñas distracciones de medio siglo de vida intensa".

Fue grande, pero no estuvo solo. Muchos preclaros y abnegados ciudadanos antes que



él y junto con él hicieron la grandeza de la República. Muchos preclaros y abnegados ciudadanos son necesarios para sustentar tanto esplendor y acrecentarlo.

Manuel B. Otero "debe señalarse insistentemente a nuestros jóvenes como calificado ejemplo".

Vicente O. CICALESE
Catedrático de Latín

(Especial para EL DIA).

LA VIEJA TORRE DE AGUA

"LA PASTORA" DE PUNTA DEL ESTE

LA fotografía que acompaña estas líneas, publicada en el Suplemento dominical de EL DIA el 10 de marzo ppdo., sobre un artículo referente al "Atelier de Carlos Páez Vilaró", trajo a nuestra memoria dos circunstancias, en que esa vieja torre fue testigo mudo en lo referente a la construcción de la vía férrea de Maldonado a Punta del Este, que son casi desconocidas por el público, lo que nos mueve a publicarlas.

La primera, se refiere a don Emilio Berlán, que realizó muchas construcciones ferroviarias en el país y que, terminada la vía hasta la ciudad de Maldonado, se propuso estudiar su prolongación hasta Punta del Este. A tales efectos se trasladó a Maldonado y una tarde jalonó la línea entre la Estación y la torre "La Pastora", entre los médanos y arenales en ocho kilómetros de longitud, sin un árbol en aquella época y que separaban a esos puntos de referencia dejando, además, estaqueadas las estaciones de su recorrido y se fue a pernoctar a un hotel de Maldonado. Nos contaba don Emilio que esa noche se levantó un viento pampero muy violento, que sacudía las puertas y ventanas del hotel y le dio un original concierto con los silbidos que producía en los alambres de las líneas aéreas de la luz y el teléfono; a la mañana siguiente, como el viento había amainado, se dispuso practicar la planimetría y nivelación de la línea que había jalonado el día anterior y marchó con sus peones y aparatos al punto inicial de su línea.

Pero, al llegar al terreno, sufrió una gran decepción: aquel desierto de arena entre Maldonado y "La Pastora" había cambiado totalmente de configuración; los médanos se habían desplazado y no encontró ni una estaca ni jalón de los que había dejado clavados; todo había desaparecido como tragados por la arena, quedando solamente a la distancia, la torre "La Pastora" que había desafiado no sólo aquel pampero, sino también a tantos otros, en sus muchas décadas de edad. Ante aquel espectáculo tan desolador, don Emilio Berlán se convenció que por allí no podría pasar ningún ferrocarril, mientras no se cubriera todo aquel desierto con árboles y haciendo su valija, se volvió a Montevideo!



La vieja Torre de Agua de "La Pastora", en Punta del Este

*

La otra circunstancia en que esa vieja torre fue testigo mudo de otro incidente durante la construcción de la vía a Punta del Este, ocurrió en el mes de setiembre de 1929, en que los millares de pinos plantados por Mr. Burnet y otros progresistas vecinos de aquel lugar, fijaron los médanos y permtieron llegar con la construcción de la vía hasta frente a la torre "La Pastora", donde se había empezado a levantar una alcantarilla de hormigón armado, en la cañada allí existente.

Pero, una mañana en ese entonces, el presidente del Directorio de los Ferrocarriles del Estado Ing. Bautista Lasgoity, nos llamó a su despacho al Gerente José León Ellauri y al suscrito, que era Jefe de Vías y Obras teniendo a su cargo la dirección de aquellas obras y nos mostró un telegrama de Maldonado, por el que se le hacía saber que la Policía impedía proseguir la construcción de la alcantarilla, por orden del Concejo Departamental. El Ing. Lasgoity dispuso que el suscrito se constituyera en el terreno y siguiera con la construcción de la alcantarilla; marchando de inmediato en auto a Punta del Este, con el Gerente señor Ellauri que quiso aompañar al suscrito.

Llegamos a media tarde a "La Pastora", donde había un guardia civil cerca de la obra que no permitía que se trabajara y estaban también el capataz albañil y los obreros esperando nuevas órdenes. En seguida el guardia civil, por indicación del capataz, se dirigió al Gerente y le dijo que tenía orden del comisario de Punta del Este de no dejar continuar las obras, a lo que aquél le contestó que traíamos orden de Montevideo de continuarlas y al disponer que nuestra cuadrilla siguiera con sus tareas, el guardia civil, al verse solo ante tanta gente dispuesta a no acatar sus órdenes, se retiró a la comisaría de Punta del Este a dar cuenta de lo ocurrido. Poco después, a las 17 horas, se dejó el trabajo, dejándole órdenes al capataz de continuar la obra al día siguiente a las 7, como era habitual y nos dirigimos a la comisaría de Punta del Este, donde nos dijeron que el comisario había ido a Maldonado, seguramente a comunicar a la Jefatura lo ocurrido anteriormente.

Entonces fuímos a hospedarnos a un hotel de Punta del Este y esa noche, cuando nos disponíamos ir a dormir, llegó nuestro Presidente a quien comunicamos lo ocurrido y dispuso que al otro día, antes de las 7, estaríamos en "La Pastora" para continuar los trabajos. Y así lo hicimos pero al llegar próximo a la torre "La Pastora", nos llamó la atención ver frente a ella una fila de armas con la bayoneta calada, en pabellones y un grupo numeroso de soldados y varios oficiales alrededor de las mismas. Al llegar, conocí al jefe de la tropa, mayor José B. Madrazo, un amigo del suscrito que lo presentó a nuestro Presidente y Gerente; entonces nos enteró que se encontraba allí, por gestiones del Concejo Departamental para impedir se prosiguieran los trabajos, ante la denuncia de que los obreros contaminaban las aguas de "La Pastora", de las que se abastecía la población de Punta del Este.

Estábamos en esa conversación cuando dieron las 7 y el suscrito ordenó al capataz de la cuadrilla que empezaran a trabajar; pero, simultáneamente, el mayor Madrazo ordenó formar a sus soldados y romper los pabellones, ante lo cual el Ing. Lasgoity que previó que aquello podría terminar mal, dispuso suspender las obras y con el auto que nos había conducido hasta allí, pidió al Gerente se trasladara hasta Maldonado y trajera un escribano para labrar un acta. Como así se hizo, poco después, frente a la torre de "La Pastora", que fue testigo mudo de aquel episodio, que pudo haberse transformado en un campo de Agramante; pero que, felizmente, con la prudente actitud de nuestro Presidente se limitó a un simple acto notarial. El acta labrada, que firmamos todos, sirvió de base para que el Ing. Lasgoity consiguiera, pocos días después, la autorización del ex Consejo Nacional de Administración para proseguir las obras, que fueron inauguradas por el entonces Presidente de la República, Dr. Juan Campisteguy, el 1º de enero de 1930.

Franco P. VAZQUEZ

(Especial para EL DIA)

EN el número 1080 de la calle Cuareim, en pleno corazón del Barrio Sur de Montevideo, se halla emplazado un inmenso conventillo, al que la nomenclatura popular designó humorísticamente con el nombre de "Mediomundo", una figura singular y fiel a la vez.

En la ciudad, que crece y se multiplica como espuma de leche, abundan desde tiempos inmemoriales las antiguas residencias coloniales convertidas hoy en casas de inquilinato. Pero es dudoso que ninguna de ellas llegue a compararse ni en forma remota con este enjambre humano, distanciado por unas breves cuadras del abstracto Centro metropolitano.

Es tal su penetrante pintorequismo y llamativo colorido, que una simple ojeada a ese patio entrevisto desde la calle Cuareim, deja en las pupilas del viandante, una sensación tan teatral, como la que suscitaría en su ánimo un arborescente decorado aparentemente diseñado por el más delirante arte de Jean d'Euabonne.

A diferencia de otros conventillos ciudadanos, que responden a una determinada y singular experiencia de melancolía y tristeza —tan explotada en los transitados caminos de la literatura del tango— la pobreza del "Mediomundo" se reviste cotidianamente de sabor localista y de un anecdotario rico y pintoresco, si el observador tiene tendencias folklóricas, claro. Y al menos, sobre su más decantada superficie y observado desde el otro lado de la puerta de calle, ya que en el fondo, la miseria no tiene más que una sola apariencia para todos aquellos que se han abandonado a la desdicha y a la injusticia involuntaria de los hombres.

Pero a simple vista, el "Mediomundo" y su proliferación de lo accesorio, es un escenario teatralmente conformado, fascinante, multifacético, lleno de color, y tan diferenciado toponímicamente de todo lo que lo rodea, como aquel explosivo escenario de "Catfisch Row", en Charleston, creado en el teatro norteamericano para la ópera de George Gershwin "Porgy and Bess", con todo su gozo y su dolor; un definido talego de identidades.

Como aquel de cola y cartón, este otro escenario que late con la palpitación de la vida, está poblado a todas horas de gente morena en su patio y en su selva de cuartos.

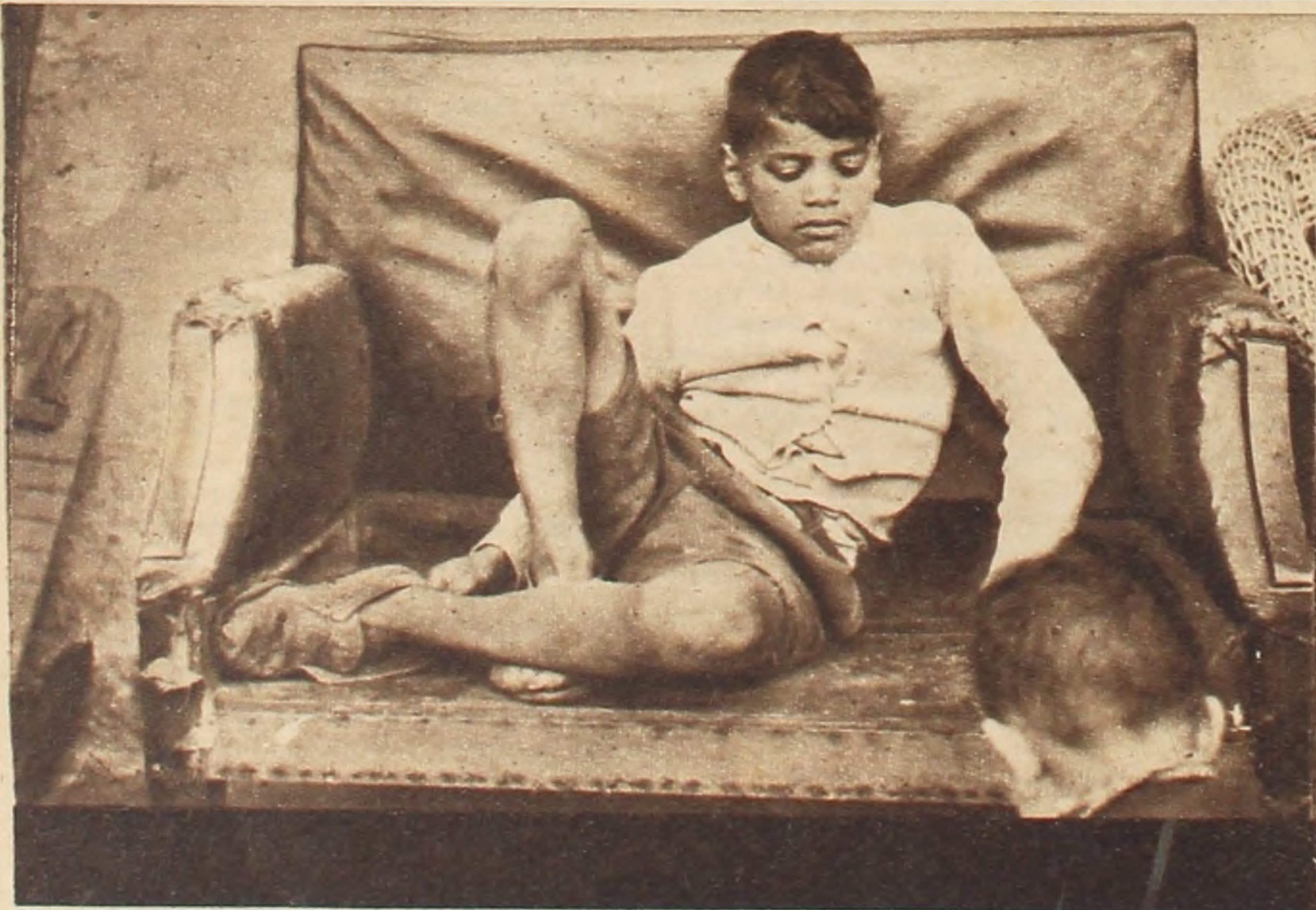
Aunque sin el sensualismo provocativo,

UN ESCENARIO

sin la música de "Summertime" y sin los jugadores de dados, el "Mediomundo" constituye en cambio un mundo humilde, que tal vez no es feliz ni agradable, pero es heterogéneo, diverso, afanoso, veteado de tonalidades purpúreas y amarillas, en medio de la grandeza brillante y barata que le da al conventillo un día platense de sol.

En realidad es su enorme patio el punto polar de sus moradores, el sitio de mayor evidencia y de todas las radiaciones de la vida cotidiana y doméstica de sus más de trescientos seres apeñuscados en cincuenta y cinco cuartos añejos, que tienen el olor de muchos inviernos, y alguno de los cuales no es mucho más grande que un zaguán. Verdadero centro de reunión popular, atiborrado de nubes de chiquillos, amas de casa, jóvenes, de ambos sexos, y ancianos de 90 años y más, que ya miran la vida con ojos nublados de misterio, entre repartidores de leche que entran y salen, aparatos

Enjalbegado de cal y empavesado de ropas multicolores, el patio del "Mediomundo" es el centro donde la vida va entretejiendo día a día más de 300 destinos humanos, con todo su acopio de angustias, de alegrías, y de esperanzas.



Para los niños, el mundo y la geografía se reducen a estar quietos en sus cuartos, que a veces no son más grandes que un armario.



Sola con sus recuerdos y su nostalgia. La sola presencia de un gatito no mitiga los latidos de un corazón solitario.





Los más pequeños se agrupan engolosinados en la puerta de entrada para atisbar el variable universo de la calle.



Escenas de la vida diaria; una y otra vez la monotonía de lavar y escurrir las prendas de ropa.

PARA EL DRAMA Y LA COMEDIA HUMANA

de radio, y familias enteras que pelean y almuerzan.

Allí en ese patio, está la primacía de la ropa tendida en el sol, que en Nápoles cruza de vereda a vereda, y que aquí se entroniza de corredor a corredor. Patio empavesado de prendas íntimas, que aletean como animales cuando hay viento, con abundancia de gatos trasnochadores y jardines minúsculos formados con tarros de lata y cajas de madera; que se beneficia con la vista y el perfume de las flores baratas. Donde a veces, hasta el sol parece en lo alto, encerrado en una tumba de sábanas chorreantes y otras prendas remendadas con retazos granates y azules; cuando todo el conventillo se convierte con un golpe de viento, en un mágico navío lleno de arboladuras y aéreos gallardetes.

En verdad, pocos lugares de la ciudad ofrecen a los ojos urbanos una matriz provista de tantos motivos pintorescos, con sus vecinas, sus piletas, sus canillas que gotean eternamente, sus jaulas con canarios, y sus macetas de helechos colgantes, suspendidos en el aire como faroles.

Aquí la vida íntima —en el sentido que la concibe la generalidad de la gente— desaparece. Y lavarse la cabeza, o planchar, o leer, o cantar, o abanicar con una hoja de palma el fogón, o pelearse o recriminarse en la cara viejos sentimientos humanos, forma parte de la representación continuada que dirige la gastada vida en esta amplia comunidad concentrada.

Sólo que hay otra realidad más honda tras esa superficie brillante de su más inmediato pintorequismo y entonces es cuando empalidecen de pronto todos los más fáciles conceptos folklóricos.

Porque, ¿hay una razón valedera que justifique este denso. cruel, hacinamiento humano?

Se hace difícil no ver que atrás de esa decoración teatral está el hombre, el trabajo y la lucha por sobrevivir, la sangre y el sueño, la resignación y también el anhelo de una suerte mejor.

Entonces es más fácil prever que todo se agrupa entre sus descascarados muros: la necesidad de procurarse alimento, de reír, de trabajar, y de darle un norte digno a la vida, siempre en maceración.

Porque entre estas cuatro paredes, donde un núcleo de la raza negra de nuestra ciudad ha hecho su cuartel general, cabe toda la humanidad y el único hombre que somos: los agresivos y los mansos, lo sórdido y lo hermoso, el desánimo y la fatiga, la esperanza de un día mejor y la constante búsqueda del éxito y el amor.

En lo que se supone folklore y color local, este conventillo, cada vez más estrecho, más oprimido, ya ha entrado en la leyenda y en la mitología de lo más colorido del arrabal montevideano, y allí están los cuadros de Páez Vilaró para perpetuarlo, cuando la piqueta lo haya demolido.

Porque la poesía en harapos del actual "Mediomundo" no puede cerrar el paso a la conciencia plena y hacernos olvidar el derecho de sus niños, de sus ancianos y de sus adolescentes, a vivir en otros ámbitos más llenos de aire puro, en algo que para ellos hoy forma parte de la magia y los hace caer en la tentación: la obtención de un bloque de viviendas económicas donde no tengan que seguir viviendo como agazapados y los ayude por sobre todo, a elevar su condición en la vida.

J. R. CRAVEA.

(Especial para **EL DIA**).

Fotografías de F. Musitelli.



"Milonga" y "Chiche", dos de los habitantes felinos del conventillo, se aletargan en el dorado sol del mediodía.



Este joven debe volver pronto al trabajo pero no resiste el deseo de leer unas páginas de su libro favorito. Unos minutos de evasión por medio de las ideas y la belleza.



Imagen de la esperanza. Como otros tantos ocupantes de la bien compartida vivienda, este chico aguarda con optimismo el momento en que puedan mudarse a otras casas especialmente construídas para ellos.



El conventillo es el crisol de la vida donde se forja el futuro de estos pequeños. El mañana tendrá que ser mejor para todos ellos.



Un poblado italiano próximo al Mar Mediterráneo. Los pueblos del Sur son aldeanos, y no campesinos; juntan sus casas para tener el amparo de la solidaridad social.



Donde la tierra es escasa, como en los alrededores de Nápoles, la viña se planta entre los álamos y abajo se siembra el trigo.



Una escena de la plantación del arroz en la provincia de Pavia. La mujer trabaja a la par del hombre.

LA CULTURA, PATRIMONIO COMUN

HASTA hace relativamente poco tiempo se entendía por cultura toda manifestación superior del espíritu. Era este un resabio del iluminismo del siglo XVIII, que unificaba la *polis* y la *politesse*, lo urbano y el urbanismo de los modales, bajo un idéntico denominador. De este modo la cultura calificaba las formas y los contenidos de las aristocracias pecuniarias o de las *élites* intelectuales; el saber y el sentir del vulgo se relegaba a las esferas de la superstición y de la insignificancia pintoresca.

Pero hoy, una serie de ciencias niveladoras aplasta con su rodillo estos preconceptos estamentarios. Y entonces se advierte que la cultura, producto esencialmente humano y "artificial", es común patrimonio de salvajes, campesinos y civilizados. El humilde zapatero de una colectividad europea posee un tipo de cultura y el ilustre pensador de una Universidad del Nuevo Mundo posee otro; y a veces es más denso en calidad pedagógica el ambiente cultural del zapatero analfabeto que el del universitario muy instruído pero ayuno de las vivencias milenarias que palpitan en el legado superpuesto de cinco o seis civilizaciones fosilizadas en la arquitectura y en el paisaje europeos.

LA CULTURA
SUS RAICES ITALIANAS

Las ciencias democratizadoras anteriormente citadas son la Etnología, la Sociología, el Folklore, y gracias a ellas la voz cultura designa actualmente el conjunto de mentefactos y artefactos de los grupos humanos histórica y geográficamente declinados.

LA CULTURA URUGUAYA, ESTUARIO Y NO MANANTIAL

Las culturas forman círculos, se conjugan en complejos, poseen rasgos y pautas.

En el caso de nuestra América latina interfieren las herencias culturales del estrato aborigen, del africano y del europeo occidental que, en la instancia particular uruguaya, se reduce, esencialmente, a la cepa española, a la francesa y a la italiana.

A grandes rasgos, pasibles de posteriores ajustes, me atrevo a señalar la localización social y espacial de estas cepas a fines del siglo XIX:

Las actitudes vitales de la cultura española —el sentido del honor, el culto al coraje, la exaltación virtuosa del ocio, la apología de la libertad individual, el fatalismo heredado del árabe— se han conservado en el campo, y sobre todo en el campo ganadero, escenario del gaucho y su desmesurada axiología.

Las contribuciones civilizadoras de la cultura francesa mantienen aún su predominio en los medios académicos (sobre todo en los universitarios) si bien los elementos anglosajones saltan hoy con celeridad del simple valor instrumental del idioma inglés —un comodín cosmopolita— hacia los valores intrínsecos de la cultura británico-estadounidense.

Las influencias italianas, a su vez, actuaron originariamente en el perímetro chacarero de las urbes rioplatenses y en las orillas proletarias de las mismas para ascender luego a los grandes planos del carácter nacional argentino y uruguayo.

EL LEGADO CULTURAL ITALIANO

Las influencias italianas, fácilmente comprobables en el manejo de la guía telefónica o en el trato vecinal, trascienden la rotunda musicalidad de los apellidos para gravitar en la cultura toda: el lenguaje popular, las costumbres culinarias, la gesticulación, las supersticiones, el modo de encarar ciertos aspectos de la existencia, los hábitos, las normas de trato, los conceptos éticos y filosóficos, la organización familiar y social.

Veamos de inmediato algunos ejemplos de las influencias citadas.

En el lenguaje popular los italianismos alcanzan un promedio elevado. Berretín, bacán, bagayo, biaba, coso, descangayado, embrocar, escorchar, farabute, funyi, laburo, manyar, minga, pibe, pelandrún, percanta, peringundín, punga, rana, y cien voces más de pura cepa orillera no son creaciones originales de nuestra parla suburbana (hoy ciudadanizada en las calles y en los círculos familiares o amistosos) sino retoños ligures, napolitanos o calabreses.

En esta activa transmisión y trasmutación de los *patois* inmigrantes la mayoría de las palabras viene del Norte, de la llamada Italia continental. No bien se comienza a rastrear la filiación de esas voces, que de transitadas y vulgares forman el empedrado por donde discurren nuestros senci-

POPULAR RIOPLATENSE

llos o elevados pensamientos, se verifica su origen casi exclusivamente genovés. Bachicha es el jovial diminutivo genovés de Juan Bautista; deschavar deriva del genovés *desciavá* (el acto de despanzurrar una caja fuerte); chao brota del *sciao* genovés, que significa adiós. Y no sigo porque la lista es extensísima.

Nuestros hábitos culinarios deben muchas contribuciones a los inmigrantes italianos que no se resignaron al acatamiento de las sobrias deidades del mate y de la carne sin imponer a un tiempo su dieta de agricultores vegetarianos.

De la Italia piamontesa y lombarda nos ha llegado la polenta, hermana de la mamaliga rumana e hija del maíz importado de América; de Génova la *fainá*, empapada por el verde zumo de las aceitunas; de Nápoles, la *pizza* y la *figazza*, solidarizadas en su ditirambo al tomate y a la cebolla; de los fríos contrafuertes de los Apeninos descienden la *minestra* labradora y la *busecca* aldeana, humeantes como pequeños volcanes; y de las ciudades espléndidas y sabias por donde discurrían Vivaldi, Tintoretto y Fra Angélico, nos viene toda la cohorte cerealera de las pastas: *spaghetti, ravioli, cappelletti, gnochi, agnelotti, lasagne, tagliatelli, macarroni, vermicelli* con *le vongole* (la *vongola* es una deliciosa almejita napolitana). *fettuccine al doppio burro*, etc. Y quedan por nombrar todavía el cálido *rissoto* de la llanura paduana, trascendiendo a azafrán; el milanés y humilde *ossobuco;* la familia incitante de los quesos: *ricotte* labradas como encajes y sutiles como espumas; *mozzarelle* de tierna enjundia; *gorgonzole* de aguerrido aroma; *piacentini* de ácido regüeldo; *parmesani* de amarilla y dura entraña, desmenuzada por ejércitos de ralladores...

Todos estos productos de la gastronomía y el folklore alimenticio itálicos se derraman en las pampas, cuchillas y poblaciones del carnívoro Río de la Plata. Y aquí confunden sus caudales con la refinada cocina francesa y con la violenta cocina española para propiciar nuestros quebrantos hepáticos y desorientar al organismo —¿por qué no a la superestructura del espíritu?— con la estrategia simultánea de las salsas y los pestos, de la grasa y del aceite, de los condimentos rabiosos y los regustos placenteros. Pero este capítulo ya cae dentro de la órbita del bicarbonato y del repertorio de los yuyos indígenas, que por otra parte son impotentes para normalizar nuestros sobresaltados sistemas digestivos.

En el terreno de la religión popular, la influencia italiana puede ser identificada en los cultos a San Genaro y a Santa Lucía. Y en el de las supersticiones es ejemplo ilustre la trasculturación de la *jettatura* napolitana, que pierde aquí su halo siniestro para convertirse en la yeta, una entidad abstracta, una diosa gris que se abate sobre nuestras cotidianas esperanzas en el juego o en el amor, dos actividades lúdicas confiadas al azar de la quiniela o de la calle dominguera.

La yeta criolla se ha emancipado del terrible y personalizado influjo de su portaestandarte, el *jettatore*, tan bien retratado por Pirandello, y todavía condenado a la segregación social en los pueblos peninsulares y a la "caza de brujas" en las comarcas campesinas.

Otra característica popular italiana que irrumpe en toda peña discutidora o en todo diálogo vehemente es la gesticulación, la costumbre de complementar la palabra con los dedos enfáticos y los brazos afirmativos. Aquí asoma el Sur de Italia su temperamento extravertido, su reverberación ciclotímica, que no es más que el exponente cultural de un destino histórico.

En efecto, las civilizaciones mediterráneas han sido efusivas, de cielo abierto y multitud cabildante. Y el gesto plástico del meridional recoge el temprano júbilo colectivo de las fiestas minoicas, el paso de danza mercantil y ostentoso de los navegantes fenicios, la estética litoral de la palestra, de la feria, de la plaza pública, de la gente que vive bajo el cálido sol de la Magna Grecia y a la vera comunitaria del *Mare Nostrum*.

El español castellano, el extremeño o el catalán no gesticulan. Son parcos en el discurso y avaros en el ademán. El mentado andaluz, por su parte, únicamente abusa de la metáfora, del retruécano verbal. Pero las manos de estos hombres están quietas. Son manos frías, tranquilas, que sólo se mueven para empuñar las armas o acariciar a las mujeres en la intimidad de la noche. Son las futuras manos del gaucho; justas en el ademán, exactas en la faena.

Nuestro pueblo, el *populus minuto* urbano, ha heredado su repertorio gesticulante de la inmigración italiana, aunque el comportamiento colectivo del uruguayo esté agravado por otros hechos ya apuntados en mi "Psicoanálisis de la guaranguería".

Hay una sicología del gesto. Los gesticulantes revelan (¿vale la comparación con el arbóreo pueblo de los *Bandar-Log*, descrito en El libro de la Jungla por Kipling?) un fondo primitivo, un ser en agraz, una expresividad fatigosa que no ha podido decantarse en la palabra breve o resumirse en el ademán esquemático.

Para los anales de la música popular restan otras características que soslayo, pues detrás de la simple mención se emboza todo un estudio lleno de posibilidades. Estas son la probable influencia de los organilleros italianos en la génesis del tango y el innegable papel de difusores del género que luego tuvieron y, en otro terreno, la lucha entre la guitarra ecuestre y el acordeón gringo que la desplazaba, del mismo modo que la agricultura invadía los antiguos dominios del gaucho.

REIVINDICACION DEL COCOLICHISMO

Como contrapartida de las herencias anteriormente citadas, tan firmemente admitidas por el pueblo rioplatense, debe señalarse la facilidad del italiano para asimilar los valores vigentes en sus patrias adoptivas.

Posee el italiano un indudable camaleonismo cultural, una gran facilidad para adaptarse a la circunstancia física y humana que lo rodea.

Los sociólogos han dividido en distintos grados el proceso de los contactos de un grupo inmigrante con el *habitat* geográfico y el ambiente espiritual de su nueva zona de residencia. Así, la adaptación tiene que ver solamente con la esfera biológica: es la respuesta del organismo al nuevo escenario vital. La acomodación, en cambio, incide en la esfera sicosociológica: es la transformación de actitudes, de costumbres, de hábitos, para ajustarlos a los padrones del nuevo medio social.

La adaptación puede conducir a la fusión cuando el inmigrante se mestiza con los elementos raciales aborígenes; la acomodación lleva a la asimilación cuando hay un maridaje de culturas, un intercambio de valores, una ósmosis de *etnos* y de *etos*.

Los italianos se han asimilado velozmente a las sociedades donde se injertaron. No es esto un misterio para nadie. Dondequiera que vaya la emprendedora Italia peregrina su maleabilidad cultural le permite vivir y convivir con todos los pueblos del mundo. ¿Hay en dicha asimilación un grecolatino mecanismo de ágora, una misteriosa efusión de scheleriana simpatía o una simple permeabilidad cultural que permite secularizar rápidamente las cerradas células tradicionales?

Los ingleses, los alemanes, los rusos, los judíos que vienen a América conservan su lengua, sus modalidades religiosas y sociales, su férreo sentido de la comunidad. Se enquistan afectiva y culturalmente; son refractarios a un intercambio desprevenido de valores. Unos lo hacen por orgullo nacional; otros por cautela milenaria, otros por temor al *pogroom*. Pero lo cierto es que en un sentido o en otro se aislan.

Los italianos, al revés, procuran acriollarse a presión, entregan confiadamente sus hijos —que pronto olvidan las pocas palabras del idioma paterno aprendidas en la infancia— al nuevo caldo de cultivo social, actúan con energía descubierta y asimiladora en el medio ambiente.

Este deliberado deseo de convertirse en uruguayos o argentinos forja entre los italianos del siglo XIX un arquetipo genuino y memorable: el cocoliche.

El cocoliche fue creado por Celestino Petray, un actor de la compañía de Pepe Podestá, aquel benemérito propulsor del teatro rioplatense. Durante una representación del "Juan Moreira" de Gutiérrez (adobado y complementado por los Podestá), Celestino Petray montó en un petiso y penetró al picadero, justo en la escena de la fiesta gaucha, imitando los ademanes y el lenguaje hispanoitaliano de Antonio Cocoliche, un peón calabrés de la compañía. El público recibió frenéticamente al nuevo personaje porque supo descubrir tras la aparente broma, el acierto social del mismo. Cocoliche, entonces, se emancipó de Juan Moreira, se convirtió en protagonista de innumerables sainetes y al fin, en esencia, aunque no en nombre, fue dignificado por Florencio Sánchez.

Hay un verdadero cocolichismo literario, y así lo demostró el sociólogo argentino Dr. Ernesto Quesada en un ensayo publicado en 1902, pero lo que a nosotros nos interesa son los símbolos y no las anécdotas. Detrás del cocolichismo literario hay un cocolichismo sociocultural que lo justifica en planos superiores.

¿Qué es el cocolichismo en definitiva? El cocolichismo es el afán heroico de ser criollo, el desafío al ridículo, la proclama tragicómica de un deseo de convivencia que el italiano arroja al ruedo social para mostrar a todos su tentativa generosa de asimilación.

El cocoliche, con su atuendo y con su idioma híbrido, pretendía decir: soy uno de los vuestros; quiero cantar como los payadores y escupir como los compadritos; temo a los caballos pero igual los montaré; deseo hacerme bebedor de mate y de caña; comprendo vuestros hábitos, me asocio a vuestros júbilos, lloro con vuestras lágrimas; soy pobre y desvalido como vuestros pobres; os entrego mis hijos, lo único que tengo, porque ellos piensan y sienten como vuestros hijos.

Y ese patético mensaje de confraternidad, de comunión espiritual, expresado en una media lengua que arrancaba risas socarronas, fue comprendido. La xenofobia hacia el gringo no pasó de la burla cariñosa. Los *bachichas*, los *tanos*, los *grévanos*, los *musolinos* barrenderos, los tocadores de organito, los albañiles, los changadores, los peones analfabetos toda esa inmensa legión de cocoliches incansables para el *laburo* (palabra derivada del siciliano *laburu*) prohijó luego generaciones de comerciantes prósperos, de doctores renombrados, de gobernantes hábiles, de *élites* intelectuales y artísticas.

El cocolichismo es la vocación universalista del inmigrante italiano; es el patriotismo de la solidaridad; es la carta de ciudadanía del espíritu. Constituye el manifiesto sociológico de la asimilación; traduce el deseo de compartir en el trabajo un destino duro, de formar hogares argentinos o uruguayos bajo el secreto drama del desarraigo. La patria lejana ha sido sólo un trampolín, una ilusión nostálgica: la realidad de hoy y de mañana es esta América a la que hay que sembrar, que llenar de ciudades y de muchachos sencillos y laboriosos. El cocoliche vino a "hacerse la América" pero en realidad construyó una América para todos, más cordial, más emprendedora que aquella tierra antigua de coraje y de ocio, de cuchillos y de siesta larga.

¿Puede pedirse más hermoso mensaje que el del cocolichismo? ¿Y no merece el cocolichismo la más cálida alabanza de nuestro afecto?

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



Sobre el otrora desolado paisaje de las marismas de Toscana y del Lacio se han ganado 130 hectáreas para la agricultura.



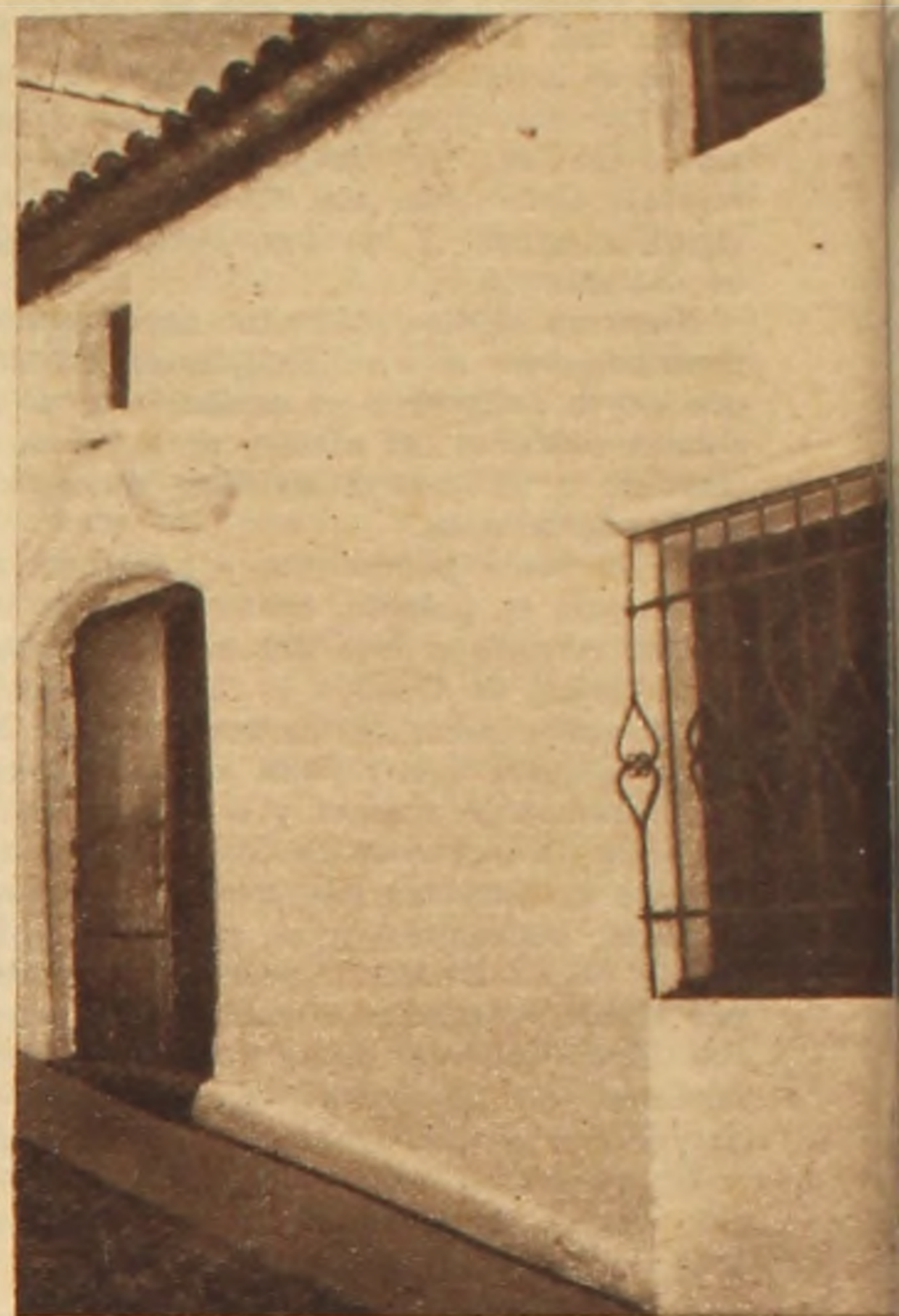
Muchachas de Merano, al pie de los Alpes, recogen las afamadas uvas de mesa de la zona.



Ruinas de la primitiva catedral de Panamá, reconstruída y vuelta a destruir por los saqueos e incendios de bucaneros y piratas.



La esbelta torre de la catedral panameña, joya de su variada arquitectura.



Dos aspectos de la fachada de la casa dond grato a los habitantes de Extremadura.



Interior de la alcoba donde nació en 1475 el descubridor del océano Pacífico. La sobriedad de la vivienda anunciaba la sobriedad de vida del descubridor.



Callejuela de Jérez de los Caballeros donde nació el descubridor de la Mar del Sur. Poco ha cambiado la arquitectura del estilo urbano, a través de los siglos.

VASCO NUÑEZ DE

LA evocación de los grandes capitanes del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo es como una cosmo-sinfonía de sangre, de lucha y de muerte que se transformó en un sobrenatural ensueño de vida perdurable. No conocemos gesta en la que la voluntad de poder haya creado un estilo de vida tan humano, afirmándose en el contrapunto de la muerte. La muerte está en la naturaleza del hombre, pero en el español, además de naturaleza la muerte es espíritu. Acaso por eso la damos y recibimos como mandato de nuestra voluntad de vida. Recordamos aquel campesino alicantino a quien comunicamos que al amanecer los esbirros de Franco le iban a fusilar:

—Donde va el cuerpo va la muerte —nos dijo con una naturalidad que nos llenó de admiración y pasmo.

Y hoy como en 1519, en Acla, istmo de Panamá, al ser decapitado Vasco Núñez de Balboa. ¿Soñaría él su desventura —en la plenitud de la más grande aventura de los siglos— en su tierra natal, Jerez de los Caballeros, de la Extremadura española? Caminando por aquellas tierras se comprende la directa denominación romancera. Tierra dura en extremo, de hombres duros, que empiezan por serlo consigo mismo, lo que les da más distinción, y una elegancia varonil, fortaleza de espíritu, que les hace profunda su alegría. Contemporáneos y contemporáneos de Balboa fueron el gran descubridor, más grande conquistador y por encima de todo gran estadista, organizador de pueblos, Hernán Cortés; Francisco Pizarro, taciturno, señor del instinto, forjador de aventura ante la nada de la isla de Gallo; Pedro de Valdivia, el sobrio conquistador de Chile.

¿Cómo era Núñez de Balboa? Aquel diabólicamente angelical Fray Bartolomé de las Casas lo describía así: "De buen entendimiento y mañoso y animoso y de muy linda disposición y hermoso gesto y presencia... hasta treinta y cinco o pocos más años, era bien alto y dispuesto de cuerpo y buenos miembros y fuerza, y gentil gesto de hombre muy entendido y para sufrir mucho trabajo". Muchos habían de ser los que sufrieran bajo el signo de un destino adverso. Si con su espada supo y pudo abrir nuevas rutas a la historia, la envidia y la mentira, víboras de la ley, lo envolvieron y atraparon hasta dejarlo indefenso. Lo asesinaron cuando acababa de dejar expedita una nueva puerta para la expansión del genio hispánico.

En el año 1500 aparece ya en la primera flota de don Rodrigo de Bastidas, dirigida por el piloto Juan de la Cosa, el mismo que piloteaba la "Santa María" en el primer viaje de Colón. La expedición de Bastidas logró con éxito la primera parte, el rescate de oro, léase robo, pero al regreso, unas setenta leguas antes de llegar a La Española, las carabelas se hundieron comidas por la carcoma del mar. Logrando salvarse el grupo de Juan de la Cosa, gracias a la pericia y esfuerzo de Núñez de Balboa. Ese fue su primer fracaso venturoso.

De Núñez de Balboa no se puede decir lo que de Jorge Manrique, o sea lo que Garcilaso de la Vega decía de sí mismo: "Tomando ora la pluma, ora la espada". Después del naufragio se dedicó en Salvatierra de la Sabana, de la isla de Santo Domingo, a la agricultura. ¿Podía avenirse su espíritu de empresa al reposado vivir de los granjeros? En el supuesto que haya reposo en esa diaria disconformidad con los elementos que es la agricultura. El caso es que trajo semillas, adaptó cultivos al nuevo clima y fracasó. Fracasó con miseria y deudas. Tremenda desventura. La ley impedía embarcar a los deudores morosos. Juan de la Cosa intercedió por él para que Ojeda, el Caballero de la Virgen, lo llevara en su expedición. El mismo Balboa rogó al bachiller Enciso. El precepto legal pudo más que la necesidad de hombres esforzados para llevar a buen fin el descubrimiento y conquista, pero no tanto como para doblegar la voluntad de Núñez de Balboa.

Cuando la expedición Enciso, rumbo a Tierra Firme, se hallaba ya en alta mar, apareció en un barril, como por arte de magia, un hombre armado, acompañado de un perro. Era Balboa. Es de comprender el asombro que causaría a la tripulación y la consiguiente indignación al bachiller Enciso, que se había opuesto a su embarque. Pero ya no hubo tiempo de hacer velas a tierra. Fue el primer caso de polizón que registra la historia moderna. Quedó de soldado, empezando a formarse contra él resentimientos de mucha gente, en primer lugar el jefe. Lo demás fue el drama de la muerte. El fracaso de la expedición de Alonso de Ojeda; la guerra con los caribes que usaban flechas envenenadas; el encuentro del grupo de expedicionarios hambrientos que dirigía Pizarro; el aniquilamiento por las flechas, pero más aún por las fiebres y luego por el hambre. La incertidumbre, y Núñez de Balboa recordando que, cuando navegaba con Bastidas, al otro lado, por la parte de occidente, había visto un río que arrastraba oro, y una población de indios que no ponían veneno en las flechas; y tierras fértiles para el cultivo. Su palabra fue la iluminación dorada de un nombre y una esperanza:

—¡Al Darién, al Darién!

¿Oro, sólo oro, buscaba Núñez de Balboa? Un materialismo servil a la política como función digestiva, antípoda de Marx, ve en la historia exclusivamente objetivos materiales, propósitos utilitarios, sin darse cuenta de que esos objetivos son los resortes inmediatos para un fin ideal en el que se subliman todas las reacciones del hombre. Núñez de Balboa es precisamente el tipo de descubridor, conquistador y colonizador que, en el proceso de su empresa histórica, lo utilitario inmediato es fundamento de su espíritu fundacional. Quiere dejar huella de su paso por las rutas de su vida, y lo deja en contenido histórico. ¿Cruel? De crueldad demoníaca. Sus víctimas, indios y españoles, son el basamento de su voluntad histórica. La muerte no importa, lo que importa es afirmar el poder de nuestra creación. Y Balboa mata despiadadamente, pero no por desprecio al hombre, sino afirmando con la muerte la vida de su obra. Respondía por instinto al dilema de los clásicos argonautas: "Morir no importa, lo que importa es navegar"

Por su natural señorío, el caballero del barril, fugitivo por deudor moroso, se ha convertido en el jefe de un grupo de expe-



...Vasco Núñez de Balboa, que se conserva*

onarios, formado por los que comandaba iso y los restos de la expedición de nso de Ojeda, al mando ahora de Fran-o Pizarro. Y como jefe, manda. Funda ediatamente el primer municipio de la llamada Colonia de Santa María la An-a. El primer municipio en tierra con-ntal americana, y él, Balboa, el primer lde. Una hijuela de la vida institucional se ejercía en La Española desde el des-barco de Colón, un municipio, que al scurrir de tres siglos se convertiría en base de la emancipación de la América añola: los Cabildos.

l sueño de Colón alentaba preñado de tiples sueños, todos ellos, auténticos en devenir histórico. Fue un sueño de Co-



Monumento a Balboa en Panamá.

BALBOA

el mundo fantástico del Gran Kan, el Gran Kan existía. Había que des-rlo. En su busca halló la muerte Solís s riberas del Mar Dulce. Magallanes, ués de descubrir la ruta, halló la muer- las que pasarían a ser islas Filipinas. ano culminó la ruta para desembarcar su sombra y la sombra de los super-ntes, hambre de muerte en sus espí- Pero antes de ese prodigio náutico, los españoles desembarcados en Tie-Firme pulsaba la idea del paso que ra factible llegar al mundo de las es-rías, a las islas fabulosas, siguiendo clinar del sol hacia poniente. Primero yenda del Dabaibe una ciudad de oro ue hallaba al otro lado, siempre al otro de las montañas. La ruta era por la del Sur, a unos seis soles, que el indio uiaco puso al oído de Balboa, sem-lo en su corazón la tortura del descu-iento. Pero... se le interponían con-iones, sediciones, intrigas de leguleyos. dos se sobreponía con su fuerte perso-ad, pero lo que se apagaba en la su-cie seguía como rescoldo entre las ce- del resentimiento, en unos, de la au-ca ambición, en otros.

bía vencer a todos, no sólo con la es-, también con la palabra. Y tomó la a para quejarse al rey:

"Cristianísimo y muy poderoso Señor: "Hago saber a vuestra mui Real Al-za que anvos a dos Governadores, ansí ego de Nicuesa como Alonso de Ojeda, ron muy mala cuenta de si por su lpa, que ellos fueron causa de su per-ción por no saberse valer, y porque des-és que a estas partes pasan toman tan- presunción y fantasía en sus pensa-ientos que les parece ser señores de la rra y desde la cama han de mandar la rra y governar lo que es menester... o he procurado de nunca fasta hoy ha-r dexado andar la gente fuera de aquí n ir delante, hora fuese de noche o de , andando por ríos i ciénagas i montes ierras, i las ciénagas de esta tierra no a Vuestra Real Alteza que es tan li-ano que nos andamos folgando, porque uchas veces nos acaece ir una legua dos i tres por ciénagas y agua desnudos la ropa cogida puesta en la tablanchina cima de la cabeza, i salidos de unas énagas entramos en otras i andar de ta manera dos i tres i diez días..."

en la carta, el anuncio de la existencia n Mar del Sur al que se dispone des-ir. Comenzó la ascensión de la montaña istmeña, y en la mañana del 25 de setiembre de 1513, avisado por un indio que desde la cima, que estaba a pocos pasos, se divisaba el mar, Balboa ordena alto a sus hombres y camina solo hasta la cumbre y, ya en ella, los soldados lo vieron quitarse el sombrero y caer de rodillas mirando el nuevo océano y recogerse luego en mística humildad ante el misterio.

¿Cómo sería la exaltación de aquellos desarrapados españoles? Hambre de oro, hambre de oro, pero era más fuerte aún en ellos el hambre de infinito que el Mar del Sur les deparaba. Había que dejar constancia del descubrimiento:

"Los caballeros e hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento del Mar del Sur con el magnífico y muy noble señor el capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador por sus Altezas en la Tierra Firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Núñez y él fue el que primero de todos vido aquella mar e la enseñó a los infrascritos, Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro..." Pero al escribano le importaba ante todo destacar su presencia, escribiendo: *"Andrés de Valderrábano, escribano de sus altezas, en la Corte y en todos los reynos e señoríos, estuvo presente y doy fee dello, e digo que son por todos sesenta y siete hombres estos primeros chripstianos que vieron el Mar del Sur, con los quales yo me hallé e cuento por uno dellos: y este era de Sanct Martin de Valdeigleisias".*

Lo demás... lo demás fue la muerte. La realidad descubierta superaba todos los sueños; en ella cabían todas las fantasías; el dolor mismo, la tortura del hombre descubría nuevos infiernos; el mundo quedaba al fin enmarcado por la aventura y toda aventura sobrehumana culmina con el calvario de los héroes. Y sobre todo, porque este héroe, Vasco Núñez de Balboa, por su afinidad con los aborígenes, a pesar de haber llevado a tantos al sacrificio; por su amor a la nueva tierra, la que cultivaba con su mano; por el goce de sus sentidos con la india de su predilección, era ya un criollo, un mestizo espiritual que fatalmente, como tantos, debía morir sobre la tierra por él descubierta y ser enterrado en ella para la siembra de nuevos pueblos.

Francisco Pizarro fue el encargado de prenderlo para decapitarlo. La cabeza de Núñez de Balboa rodó por la tierra del Nuevo Mundo, luego rodaría la de Almagro, ultimado por los Pizarro, como a continuación rodaría la de Pizarro asesinado por los Almagro. Las cabezas de aquellos españoles eran como una constelación de mundos que había de rodar eternamente para dar ensueño y realidad al mundo de su aventura.

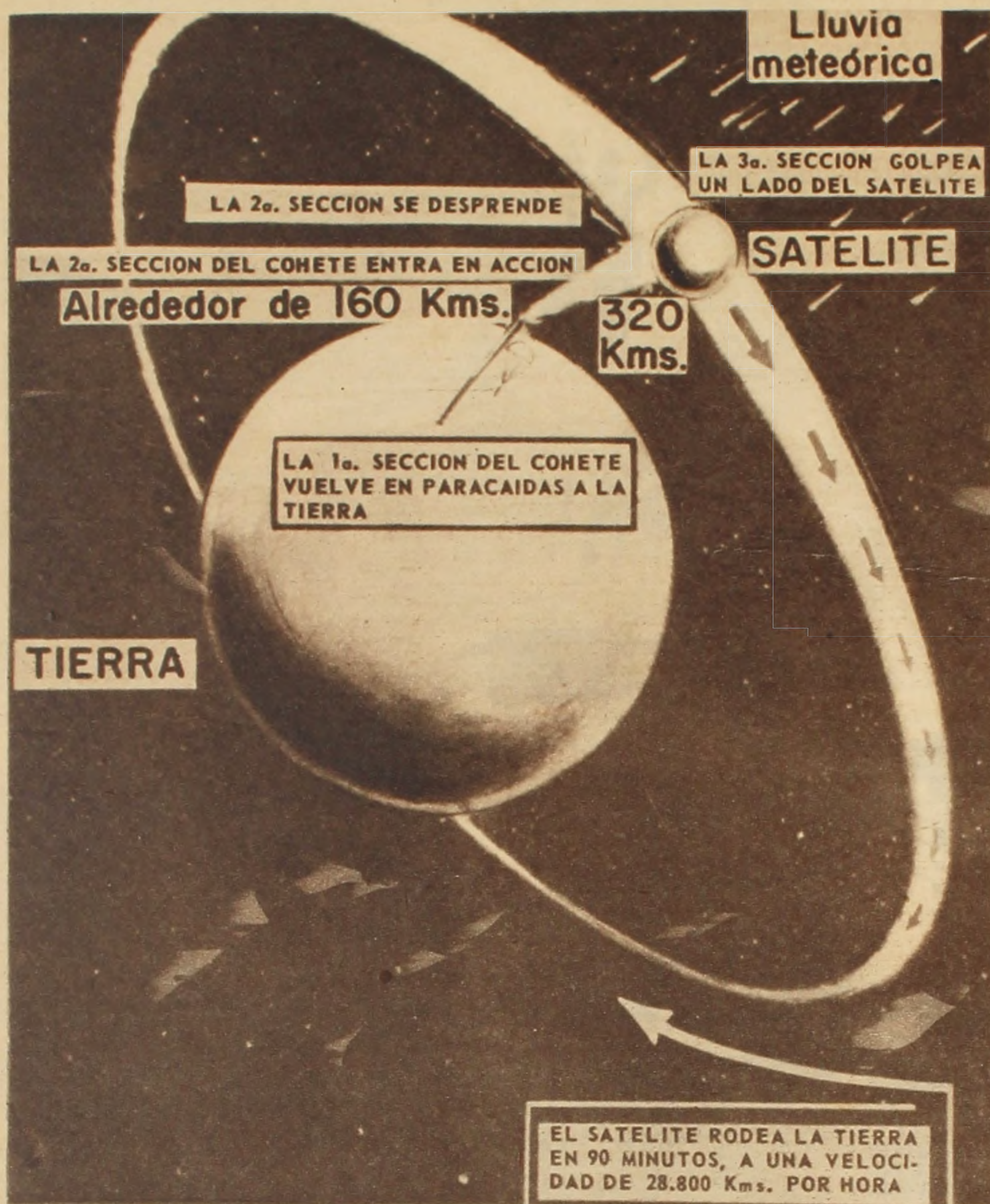
F. FERRANDIZ ALBORZ

Castillos, junio de 1957.

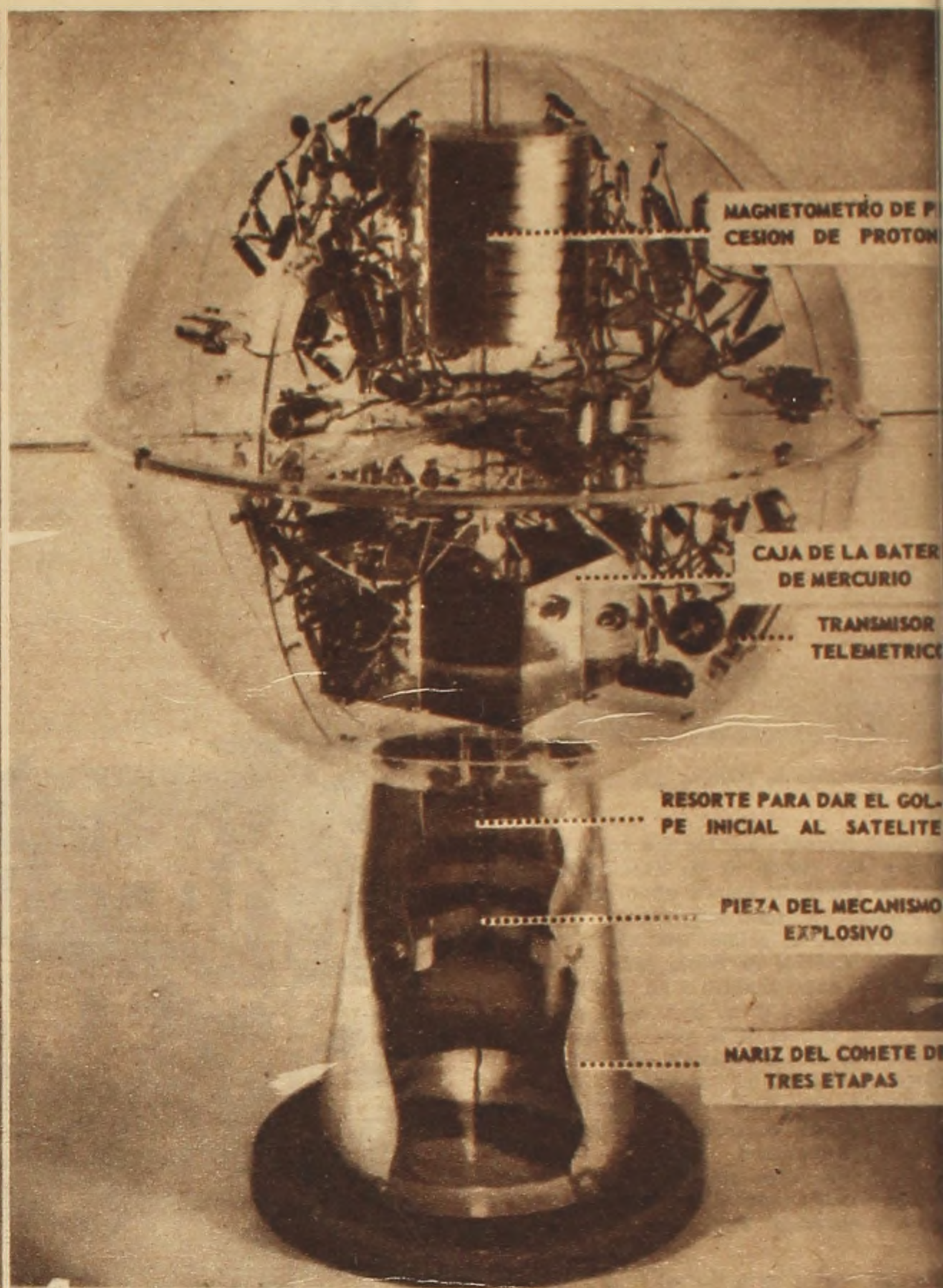
(Especial para EL DIA)



En este paisaje extremeño de Jerez de los Caballeros se desarrolló la infancia de Vasco Núñez de Balboa. Aún hoy, las chozas de techo pajizo denuncian la rusticidad del ambiente.



Pese a que corrientemente se habla de el "satélite artificial", en realidad se emplearán varios satélites, de acuerdo con los planes actuales.



Modelo del satélite terrestre que próximamente será lanzado al espacio en los EE.UU.

EN EL AÑO GEOFISICO

LA TIERRA ¿ES SOLO CUERPO FISICO?

A partir del 1º de julio, catorce grupos de científicos, durante dieciocho meses, bajo la égida de UNESCO se consagrarán al estudio de catorce temas de interés fundamental para la Tierra. Pero ninguno de esos puntos de tan vasto plan, se refiere a la *vida* de nuestro planeta.

¿Eso es admisible?

Cambia el juicio de nuestro globo si no se le mira como cosa *yerta*, para sentirlo cual un *ser vital*. ¡Cómo se amplía, así, el rígido horizonte de su calavera estratigráfica!

De súbito se le distinguen tres partes armónicas y en total animación: una *entraña ígnea*, que ocupa casi todo el interior, gigantesca víscera encerrada por un *esqueleto esferoidal* de minerales, sustancia de todos los esqueletos, de apenas veinte kilómetros de grosor, sobre el que se aplica otro tanto de *tejidos vitales*, suerte de envoltura anatómica que da fisonomía e individualidad al astro, extraordinariamente activa de células en variación y número as-

tronómicos, de especies concertadas en reinos, de una vida total incuestionable, con sistemas circulatorio, respiratorio y nutricio concordantes.

Al modo del árbol, la Tierra se desarrolla en capas o estratos cuyo progreso, más que físico, es ascensional de seres animados, por lo que, si habla de un pasado, prenuncia un porvenir del planeta, que no puede mirarse con exclusión de lo más esencial o profundo que anima al Universo: la *vida*.

*

Ni siquiera el satélite artificial que vamos a desprender de la Tierra puede ser mirado como cosa sin dimensión de vida, puesto que la materia que constituye ese explorador celeste está animada de nuestra inteligencia y nuestra voluntad. Es, sin lugar a duda, el espíritu que alienta en el globo, el cual, habiendo llegado al ápice de su progreso interior, ensaya fuera de sí, intuyendo una *vida de relación* en el espacio sideral, hacia "algo" o "alguien" que lo espera.

Es preciso que tanto en el satélite como en las naves celestes que lo seguirán, sepamos ver algo, mucho más que simples mecanismos. Son "manos" que tantean en el vacío; son "ojos" y "oídos" atentos a un Más Allá. Y esos sentidos no pertenecen a tales hombre, nación o raza, sino que son el exponente del género humano unido. Esto es lo más extraordinario de la vida en un planeta: su tejido nervioso superior, llamado "humanidad", ya se comporta como el órgano consciente y pensante del astro vivo.

*

Grandes preguntas son estas: ¿Venimos de la nada y vamos hacia la nada? ¿Venimos de un azar y vamos a otro azar? ¿Venimos de un origen consciente y vamos al azar? ¿Venimos de alguien consciente y vamos hacia un fin preconcebido?

En el simple trozo de la existencia cosmológica que podemos abarcar, se nos hace cada vez más evidente que somos alguien: la Creación, obra de alguien: el Creador. Y con un propósito marchamos hacia un objetivo: la perfección hasta la libertad. Ese conjunto es la *vida*.

Ahora nos preguntamos: la vida, irreversible, inseparable y ascensional de los seres constitutivos de un ser superior, el *astro viviente* ¿marcha por grados hacia la "libertad", en busca de algo o "alguien" en la armonía del Universo?

*

El profesor de Biología George Wald, de la Asociación Norteamericana para el adelanto de la Ciencia, dice que la vida tiene lugar como parte del orden de la naturaleza. El Dr. Sam Granick, del Instituto Rockefeller, cree que la materia viva puede surgir espontáneamente de materiales y procesos existentes en la Tierra. Un grupo de sabios del mismo Instituto dio una insólita respuesta: "El hombre es una evolución natural y ordenada del Universo, que necesita la intervención providencial, no más que la necesita una cadena de montañas o un lago". En suma: concordamos en que la vida, desde sus manifestaciones más elementales a las más sensibles, es un orden de seres arquetípicos predispuestos a manifestarse en su precisa oportunidad.

Tales arquetipos son, en lo que nos resulta comprensible, peldaños de dos escalas sucesivas. Una: los integrantes de un planeta vivo, del más ínfimo ser al más evolucionado, el hombre. Otra: la de los *seres astros*, la comprensión de cuya vitalidad reclama nuevas direcciones del pensamiento humano, como la geobiología y la cosmometafísica.

*

La Tierra no es lo que fue hace millones de años, ni será lo que hoy es, dentro de pocos miles o apenas cientos.

La disyuntiva de todo ser creado es esta: se supera o se destruye. La Tierra, ser viviente en una escala de segundo grado, discurre en trance de plenitud. No se trata del animismo que la habita, sino que la integra, en un todo equilibrado e indivisible, y cuya expresividad pasó de latente y telúrica, a sensible, electiva y por fin consciente, hacia una vida maravillosa de relación en los espacios, acelerada por el conocimiento de la estructura del cosmos y el dominio de la energía por el órgano que empieza a constituir la mente del planeta.

Los cosmólogos ingleses Fred Hoyle y Raymond Lyttleton, que en 1937 conmovieron al mundo con su concepción del Universo, cifraron no en los físicos sino en los *biólogos* la verdad que entrevieron sobre la vida de las esferas. Pero para comprender esta probable, y para nosotros segura, dimensión de la vida, es preciso que nos resolvamos a sumar y, mejor, coordinar en un instituto especializado las investigaciones hoy imprecisas y dispersas. Tal lo que proponemos en el Año Geofísico.

Si para el estudio de lo "sobrenatural" existe en Londres una Sociedad de Investigaciones Síquicas, en París un Instituto Internacional de Metasíquica y en la Duke University de los Estados Unidos un Departamento de Sicología; si desde hace una década el gobierno inglés mantiene un centro de estudios sobre Platos Voladores ¿no podrá crearse un organismo de investigación sobre algo tan efectivo y apasionante como *la vida en el cosmos*?

La benemérita UNESCO activa, entre varios centros científicos, una Secretaría Permanente del Año Geofísico Internacional, una Federación de Servicios Astronómicos y una Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza. ¿No cabría, en alguno de estos órganos, una célula de estímulo y coordinación de investigaciones sobre *la vida planetaria y universal*?

*

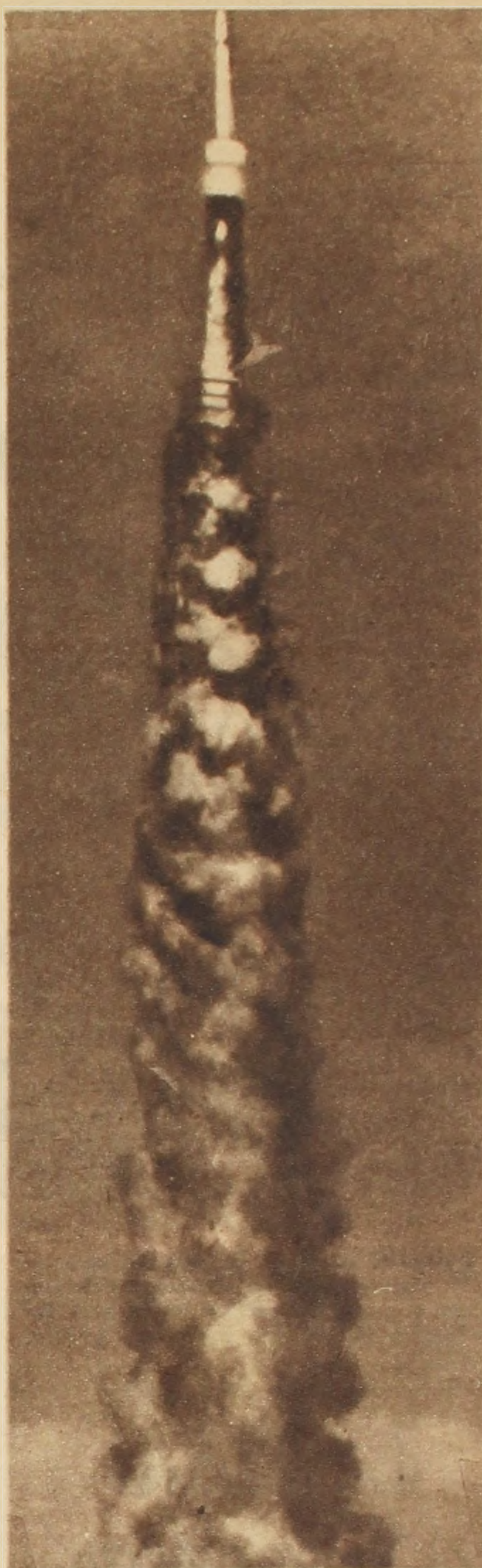
Dice C. H. Hinton en la famosa obra de P. D. Ouspensky "Tertium Organum": "Así como para explorar las distantes estrellas es necesario un arreglo especial de materia, que llamamos telescopio, para explorar la naturaleza de los seres *superiores a nosotros* es preciso un arreglo mental. Necesitamos que se nos desarrolle una estructura del cráneo para ese objeto". Y agrega: "La actividad de vida de una sola "hoja" de un "árbol" abedul es, por supuesto, una forma infinitamente inferior de actividad que la de la "especie" abedul y la del "bosque". Las funciones de esas cuatro vidas son enteramente distintas, así como su racionalidad". "La racionalidad de una sola célula del cuerpo humano tiene que ser tanto más baja en comparación a la del cuerpo entero, es decir: con la conciencia física del hombre, como su actividad de vida es inferior a la del organismo entero". Y concluye: "La idea de un universo anímico tiende inevitablemente a la de *un alma de la Tierra*".

El ilustre filósofo inglés William James, en sus conferencias sobre un *universo consciente*, transcribe estos asombrosos conceptos del profesor Fechner: "El mundo entero donde vivimos tiene que poseer su propia conciencia colectiva". "Para sus relaciones cósmicas la Tierra no tiene necesidad de un cerebro especial. Nuestros ojos no saben nada de sonidos y nuestros oídos, nada de la luz; mas, poseyendo cerebros podemos sentir sonidos y luz juntos, y compararlos. ¿No puede conocer la *mente terrestre* el contenido de nuestras mentes en conjunto, de otro modo? Así como nuestra mente no es la mera suma de nuestra visión, más nuestros sonidos, más nuestros dolores, sino que al sumar estos términos juntos encuentra relaciones y las teje en esquemas, formas y objetos de los cuales ningún sentido sabe algo separadamente, así también el *alma terrestre* traza relaciones entre el contenido de mi mente y el de la suya, de cuyas relaciones ninguna de nuestras mentes separadas es consciente". "Esa alma terrestre tiene esquemas, formas y objetos proporcionales al campo suyo, más amplio". "Lo que somos sin saberlo, ella lo sabe. Nunca el más estrecho de observación puede controlar como el más amplio, porque sólo el que tiene lo más tiene lo menos".

Es posible hablar de la insuficiencia de nuestros sentidos para alcanzar aquéllos de los seres astrales o vidas de segundo grado. Pero, al margen de lo sensorial o sicofísico, basta al hombre, último peldaño de la escala anterior, tener conciencia para adquirir conciencia de cuantas conciencias existen. La dimensión, en término de posibilidades, de una mente, nada tiene que ver con el tamaño y singularidades de su cuerpo. De suerte que el espíritu de un hombre de la Tierra, del que pesa cien toneladas y respira carbono en Venus y el espíritu de un planeta ignoto de cualquier galaxia, son esencialmente iguales. Esgrimimos una misma fuerza: la energía espiritual. Hablamos una misma lengua: la intuición. Y nos aguardan tres regiones prodigiosas de comprendernos y unirnos: la dilatada de la estética, la profunda de la ética y la cenital de la mística.

Edgardo Ubaldo GENTA

(Especial para EL DIA)



Además del satélite artificial, los EE.UU. emplearán diversos instrumentos de todo tipo para la investigación del espacio durante el Año Geofísico Internacional. Aquí se ve el cohete denominado "Aerobee", al ser despedido desde un campo de prueba.

(Información gráfica perteneciente al Servicio de Información de la Embajada de los Estados Unidos, en el Uruguay).

de interés para la mujer y el hogar

Panorama del centro de la ciudad visto, no desde el rascacielo, sino desde un avión. La fotografía nos permite ver el parque llamado La Alameda, la gran masa blanca del Palacio de las Bellas Artes, y el rascacielos proyectando una sombra otoñal y vespertina sobre las viejas casas del centro. Al fondo: la Plaza Mayor, con el Palacio Nacional y la Catedral Metropolitana a la izquierda.

MEXICO DESDE LO ALTO

¿DONDE estamos? Es una pequeña terraza rodeada de un barandal de aluminio y protegida por un alambrado. En los cuatro ángulos hay telescopios panorámicos, y arriba de nosotros se alza por una veintena de metros una enorme antena de televisión. De pronto unas campanas eléctricas dan la hora atronadoramente, y eso se oirá a diez kilómetros a la redonda. Esto ocurre a ciento treinta metros de altura sobre la capital más antigua del continente, y este lugar, apenas abierto al público hace unos cuantos días, es la terraza-observatorio de la Torre Latinoamericana; el rascacielos más elevado al Sur del Río Bravo.

¡México, ciudad de paradojas y contrastes! El rascacielos más alto se yergue sobre los terrenos de lo que fuera uno de los más antiguos conventos: el de San Francisco, que cubría varias manzanas de lo que es el actual centro de la ciudad. Hoy mismo quedan huellas, sombras de aquella fundación colonial: el templo mismo, escondido y ahogado entre construcciones de indecisa vejez; gravemente lesionado por los siglos y por la inestabilidad de nuestro subsuelo; la cúpula de la capilla de difuntos, emergiendo anacrónicamente de las azoteas de un edificio comercial; un fragmento del claustro... un trozo del jardín que fue el cementerio milagrosamente conservado —quizá no por mucho tiempo ya— entre predios de un altísimo valor comercial. Desde nuestro mirador en las alturas podemos recorrer el tiempo a ojo de pájaro, como lo hacemos con el espacio, y decir que tal torre o tal patio o tal palacio están a tantos siglos o a tantos kilómetros de distancia. Parecería que desde lo alto la dimensión de una gran ciudad se desplegase como su historia; que los siglos fuesen realmente una especie de dimensión en profundidad, y la propia elevada estatura del rascacielos nos hacen un poco más pequeños los cuatro siglos y pico de vida de esta capital.

Una vieja litografía nos informa de lo que había a nuestros pies antes de que se pudiera soñar siquiera con el surgimiento de la Torre Latinoamericana. La estampa que nos muestra una placeta: en ella, la residencia de los marqueses de Santa Fe de Guardiola, la casa de los Condes del Valle de Orizaba, llamada hasta hoy la Casa de los Azulejos, y los espesos muros del Templo de la Tercera Orden, en que terminaban por ese lado los extensos terrenos del Convento de San Francisco. Hay unas ventanucas de apretadas rejas, un hombre del pueblo parado en la esquina, unos jinetes; un carruaje lujoso. Para ellos no pasará más el tiempo como para nosotros; ellos están en su litografía mientras nosotros los recordamos desde nuestro mirador sobre la gran ciudad que para ellos fue inaccesiblemente futura.

Desde nuestro mirador la placeta de Guardiola —mero ensanchamiento de la avenida Madero en su inicio— resulta invisible por estar a los pies mismos de la torre. Apenas vemos la azotea del actual Edificio Guardiola, anexo del Banco de México; un paso más adelante, el edificio del propio banco, donde se inicia la anchurosa —pero melancólica— Avenida del 5 de Mayo, a la que sirve de eje la torre Poniente de la Catedral, allá, un poco al fondo.

—¡Pensar, digo a una amiga que me ha acompañado en esta excursión a las alturas, que hace apenas unos cuantos años, fuesen las dos torres de la catedral los puntos más elevados de la ciudad! Efectivamente, los rascacielos aquí son cosa nueva. Hace veinticinco años se levantó el primero: ¡diez pisos! ¡Qué audacia! Ahora lo vemos compasivamente desde cuarenta y cuatro pisos de altura, tan insignificante como los viejos edificios de cuatro o cinco pisos. Después, la valiosa y valerosa ingeniería mexicana, al servicio de los arquitectos y de los inversionistas, fue atreviéndose más y más con las modernas estructuras: doce, quince, veinte, veinticinco pisos. Hacia el poniente vemos la imponente secuencia de los grandes edificios levantados en los últimos cinco años en el señorial Paseo de la Reforma: son torres en torno a los veinte pisos que reducen a la insignificancia las viejas residencias a la francesa de fines de siglo. Ahora, la vigorosa economía de la gran ciudad opera el fenómeno característico de todas las capitales modernas, y el alto costo de la tierra obliga a un máximo aprovechamiento multiplicando por medio de pisos sucesivos el rendimiento de la construcción. De modo que en el viejo centro, en el Paseo de la Reforma; sobre la casi interminable Avenida de los Insurgentes, aparecen gallardamente esas torres de acero y cristal que, si bien son discutibles desde el punto de vista urbanístico (puesto que no hacen sino vaciar al exterior los problemas que resuelven en el interior) son en cambio elocuente signo de nuestra época y elemento característico del paisaje urbano de nuestros días.

Esta ciudad de cuatro millones, la segunda en importancia en la América Hispana, no podía escapar a las leyes económicas que precisamente miden la importancia de las poblaciones por el valor de la tierra, y entonces en este suelo surgen rascacielos, no porque pretendamos imitar a nuestros vecinos los norteamericanos, como ha llegado a decirse, sino porque la dinámica propia de la ciudad contemporánea nos obliga a ello.

Pero, volvamos a nuestro mirador, y al enrejado de aluminio que nos protege de un salto mortal.

Esta gran maqueta que vemos a nuestros pies, hormigueantemente circundada de automovilitos de tres centímetros de largo, es el Palacio de Bellas Artes, es decir, el Teatro de la Opera de nuestra ciudad, del que ya hablamos en algún artículo anterior. Es una bella masa desde la altura, y su gusto de fin de siglo se ennoblece al cambiar tan radicalmente el punto de vista; se diría que el pecado de monumentalidad se perdona cuando el palacio se vuelve miniatura. A un costado suyo se encuentra la "Alameda", un parque central de la ciudad que no tiene un solo álamo, pero que los tuvo, y que ahora constituye uno de los pocos espacios verdes con que cuenta la capital, y entre el parque y el palacio se despliega sinuosamente una librería que se dice sea la mayor de la América Hispana.

Estamos en el punto más tradicionalmente céntrico de esta ciudad: la esquina de las avenidas Madero y San Juan de Letrán. Si seguimos Madero con la mirada, la recorremos en un segundo hasta su desemboque en aquella Plaza Mayor que usted, lector, debe reconocer desde la torre si nos ha leído en ocasiones anteriores, ¿la ve usted? Extrañamente, parece un poco fuera de perspectiva por la distancia, y su pavimento, ahora que empieza a oscurecer, se diría que estuviera colocado verticalmente, mientras sobre él se deslizan milimétricos automóviles. Distinguimos la sorda y gris masa de la Catedral, cuyas torres señoreaban antaño la urbe; la achaparrada longitud del Palacio Nacional, la parda y fatigosa extensión del México antiguo que agoniza en silencio hacia el oriente de la ciudad. Y más lejos aún, la cenicienta ruina de un lago —Ah, lector; esto era una ciudad lacustre, y ahora tenemos tormentas de

La esquina de la torre Latinoamericana cuando era el convento de San Francisco, hace casi doscientos años. La litografía muestra el arranque de la actual Avenida Madero, la casa de los condes de Orizaba, llamada hoy de Los Azulejos, y la residencia de los marqueses de Santa Fe de Guardiola. ¡Quién reconocería en esta estampa el emplazamiento del edificio más importante de la América Latina!

polvo —. Y si el fino aire de la altiplanicie no estuviese ya casi permanentemente enturbiado de humo fabril y de polvo, veríamos un poco al Sur los dos vigías del Valle; los dos colosos nevados: la Mujer Blanca —Iztaccihuatl— y el Monte que Humea —Popocatépetl— que supieron de esta cuenca hidrográfica cuando no había pobladores en ella, y cuando un enorme lago del que apenas quedan vestigios, lamía las faldas de las actuales montañas.

Al Norte, al Poniente y al Sur, sóbre todo al Sur corren las modernas arterias de la nueva ciudad, y tan rápido como ellas corre la población a una velocidad de crecimiento que nos asusta y desorienta a los propios capitalinos. Treinta kilómetros de Norte a Sur; casi veinte de Este a Oeste. Desde el mirador la distancia se convierte en niebla y desdibujo; la Avenida San Juan de Letrán viene desde lo lejos y se pierde muy al Sur, donde hace apenas cinco o diez años no había sino extensiones baldías y pastizales; la lujosa Avenida Juárez viene desde la Plaza Mayor con el nombre de Madero; flanquea la Alameda, y luego vase perdiendo un poco indecisa rumbo a una plaza que desde aquí no vemos, y de allí arranca el señorial Paseo de la Reforma cuya gran masa de árboles apenas podemos ver acá y allá abriéndose paso entre los rascacielos. Al fondo vemos el Monumento a la Revolución como una poderosa masa gris, y más lejos —como siempre en este valle— las montañas. Mientras mi acompañante y yo (acompañados a nuestra vez del invisible lector uruguayo) hemos estado dando la vuelta por más de una hora en torno al balcón observatorio, he ido cayendo la tarde lentamente y sin crepúsculo, y poco a poco la gran noche urbana baja sus cortinas desde las alturas del valle. Aparecen unas cuantas estrellas; sólo las principales porque las más pequeñas no se atreven a competir con sus pirotécnicas hermanas las luces de la ciudad. Arriba aparece Saturno; abajo las avenidas van encendiéndose y toda la urbe va escribiéndose en luz. Dóciles insectos los automóviles, encienden también sus ojos, y están pendientes del verderrojo guiñar de los semáforos, y los tranvías —grandes gusanos de luz— se deslizan sin ruido sobre los rieles brillantes.

Ya es de noche. La ciudad es un maravilloso tapete de rojos y amarillos y blancos y verdes. Estallan los anuncios luminosos, se encienden los comercios y los edificios, y las avenidas se trazan a sí propias desde el centro de la ciudad hasta los remotos confines de los suburbios. Mi amiga y yo, fascinados, tratamos de reconocer entre la fiesta de las luces los edificios y monumentos que hemos estado identificando una hora antes, pero no es posible, y la ciudad vestida de noche se resiste a ser la misma que hemos visto atardecer en ropa de cóctel. No queda sino el gran tejido urbano; la monumental traza de las avenidas; la pirotecnia de la capital moderna; la encendida verticalidad de los rascacielos; la fosforescente energía de los vehículos, y uno que otro monumento escrito en la noche con el escénico auxilio de reflectores.

—Esto tengo que escribirlo, digo a mi amiga. ¿Te he hablado de los artículos que estoy escribiendo para EL DIA, de Montevideo? En el primero de ellos se anunciaba esta visita; yo decía que una noche vendría aquí contigo para descubrir nuestra ciudad desde la altura, para soñarla un poco convertida así en un juguete magnífico. ¿Qué es aquello?, pregunta ella. Y me señala a lo lejos, muy lejos (tanto, que ella baja la voz) unas manchas de luz que parecen flotar en el paisaje, hacia el Sur, donde las más largas de las avenidas se rehusan a seguir perforando el paisaje. Son unas como débiles galaxias; unas islitas de luz allá en el silencio. Las identificamos: se trata de unos pueblecillos en la falda de las montañas, sobre la carretera de cuatrocientos kilómetros que se prolonga a partir de la Avenida Insurgentes hacia el Pacífico; hacia el mar. Pero desde nuestro nocturno mirador, amiga mía, no vemos sino el aparente flotar de las luces sobre la oscuridad de la montaña: esos pueblecillos tributarios de la gran ciudad en los que, a pesar de la luz eléctrica, se vive aún una vida centenaria o milenaria: para ver el mar tendría nuestra torre que empezar a crecer y crecer como en los cuentos, y cuando se perfilasen a lo lejos las costas del Golfo y del Pacífico, la ciudad se habría ido borrando y oscureciendo a nuestros pies.

Arq. Mauricio ***GOMEZ MAYORGA***

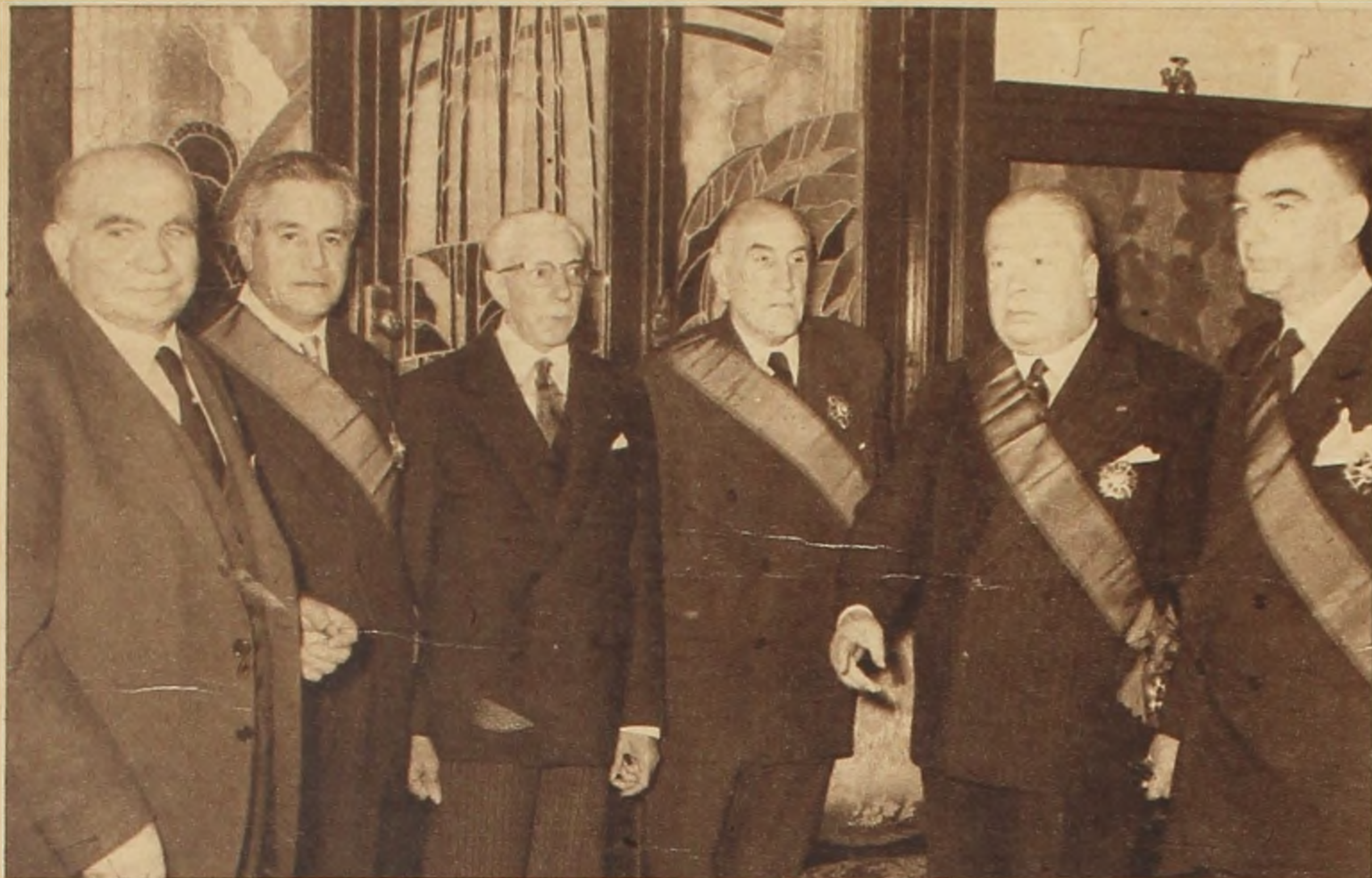
México, 1957.

(Especial para EL DIA)



La torre Latinoamericana, en la plaza de Bellas Artes. A la derecha: el edificio vecino, que era considerado rascacielos hace veinticinco años. En primer término, el monumento a Beethoven.

INFORMACION GRAFICA



Ciudadanos uruguayos condecorados por la República del Líbano, en ratificación de los fraternales sentimientos que unen al Uruguay con la democrática nación. Aparecen en la nota, de izquierda a derecha del grabado, el Encargado de Negocios, Sr. Rezcala Neffa, Senador Dr. Antonio Gustavo Fusco, el ex-Presidente, Sr. Andrés Martínez Trueba, el Legislador Dn. César Batlle Pacheco, Dr. Alberto Domínguez Cámpora y General Dn. Oscar Gestido.



Abanderada de una escuela pública y su guardia de honor, en el desfile escolar realizado en celebración del centenario de Mercedes como capital de Soriano.



Reunión realizada en la localidad de Juan Jackson, con motivo de la inauguración del nuevo local policial.



Detalle del desfile de alumnos liceales en los actos realizados celebratorios del cincuentenario de Punta del Este.



En el Paraninfo de la Universidad se realizó el segundo acto del siclo en honor de la ...ora Valiente, orientadora de niños en los caminos de la labor artística de ... sensibilidad poética.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

TARZAN LES SALVÓ LA VIDA A DOS VIAJEROS...Y FUÉ RECOMPENSADO CON EL RELATO DE UNA EXTRAÑA E INTRIGANTE HISTORIA.

PRIMERAMENTE, EL LOS LLEVÓ A UN ARROYUELO PARA QUE SE REFRESCARAN Y LAVARAN.

"YO TENÍA UN HERMANO", COMENZÓ WALTER KEYS, "QUE VIVÍA CON SU MUJER Y SUS HIJOS EN UNA GRANJA EN LAS AFUERAS DE NAIROBI.."

"TAL VEZ UD. HAYA OIDO HABLAR DE UNA SOCIDAD TERRORISTA DE NATIVOS QUE HA ESTADO HACIENDO CORRERIAS Y MATANDO A LOS HOMBRES BLANCOS?"

TARZÁN ASINTIÓ TRISTEMENTE. "UN SANGUINARIO GRUPO QUE SE HA DISEMINADO A TRAVÉS DE CIENTOS DE TRIBUS. SE ORGANIZÓ HACE AÑOS..."

DICK VANBUREN JOHN CELARDO

"EXACTAMENTE", EXCLAMÓ KEYS "FUÉ ENTONCES QUE LA FAMILIA DE MI HERMANO FUÉ MASACRADA...TODOS EXCEPTO KATHY, SU HIJA MENOR!"
JOE RICE SE MOFÓ: "QUIEN PODRÍA SOBREVIVIR AQUÍ?"

VERDADERAMENTE, QUIÉN? EN UNA REGIÓN LLENA DE TERRORISTAS CUYO PROPÓSITO ERA ENCONTRAR HOMBRES BLANCOS Y MATARLOS!

1335